

repetir la acción de gracias, como Cristo la expresó en aquella hora memorable: o por lo menos la que empleaba San Pablo para renovar el misterio sagrado en la iglesia de Corinto, o la que dejó San Juan en Efeso y en las comunidades de Asia. Hay que reconocer que esto es imposible. Al recibir la consigna de Jesús: «Haced esto en memoria mía», los discípulos sólo recogieron textualmente las palabras de la Consagración, y aún en ellas nos encontramos con variantes verbales, dentro de la misma fórmula sustancial. Y, sin embargo, si examinamos las varias docenas de oraciones eucarísticas que han llegado hasta nosotros, vemos en ellas coincidencias extrañas, que nos hacen pensar en el origen común. Cada liturgia tiene su anáfora, como dicen los orientales; es decir, su oración eucarística, correspondiente al canon de la liturgia romana. La tiene la liturgia mozárabe de la España antigua, en la cual llevaba el nombre de Inlatio; la tienen la liturgia ambrosiana de Milán, la céltica, la galicana, las varias liturgias del Oriente: la de San Basilio, la de San Juan Crisóstomo, la siríaca, la copta, la armenia, la maronita, etc. Nacidas en los extremos opuestos del mundo antiguo, fruto de distintas culturas y civilizaciones, expresadas en lenguas diferentes, venerables todas ellas por su antigüedad, nos ofrecen un parentesco evidente en las ideas, y algunas veces hasta en la expresión. ¿No podría ser esto un indicio de que todas ellas proceden de una fórmula primitiva, que las enlazaría a todas con el cenáculo o nos llevaría por lo menos con los tiempos apostólicos?

Para contestar a esta pregunta se ofrecía como argumento definitivo ese documento que nos salía al paso en los umbrales del siglo III. No se trata de un texto hallado recientemente, puesto que forma parte de un libro conocido hace mucho tiempo con el título de «Ordenación de la Iglesia copta»; pero es en estos últimos años cuando se ha podido averiguar que su autor es San Hipólito, un ilustre sacerdote romano, a quien conocíamos por su intensa labor literaria,

por sus cheques violentos con el Papa San Celerino († 217); por su oposición frente a San Calixto († 222), que le llevó a organizar en el seno de la comunidad de Roma un grupo rebelde a la autoridad legítima, y, finalmente, por la generosidad con que hizo olvidar su rebeldía dando la sangre por Cristo, después de haberse reconciliado con la Iglesia. En su lengua original este libro llevaba el título de «Tradicción apostólica», que expresaba las tendencias conservadoras de su autor. San Hipólito le compuso alrededor del año 215, es decir, poco antes de haber comenzado sus luchas con la jerarquía. Los sucesos que luego se desarrollaron y el hecho de que este libro estuviese escrito en griego, nos explican por qué tanto él como los otros que escribió Hipólito fueran muy poco conocidos en Roma y en todo el mundo occidental. El Oriente, en cambio, los acogió con entusiasmo, viendo en ellos el eco de la tradición primitiva, autorizada por el sello del prestigio de Roma, pero no se conservaron en sus textos primitivos, sino en versiones siríacas, coptas, etiópicas y arábigas. Son la fuente más importante que tenemos para el conocimiento de la vida cristiana en la Roma del 200. Ese libro de la «Tradicción apostólica», que es el que aquí nos interesa, empieza hablando de la consagración de los obispos. El que acaba de ser designado se presenta en la asamblea entre las aclamaciones de la multitud; recibe luego el homenaje de los diáconos, que le presentan sus dones, y a continuación el obispo empieza la *acción de gracias*, con la cual va a consagrar el Cuerpo y la Sangre de Cristo:

«Dominus vobiscum.—Et cum Spiritu tuo.—Sursum corda.—Habemus ad Dominum.—Gratias agamus Domino.—Dignum et justum est.»

«Gracias te damos, Señor, por tu amado Hijo Jesucristo, a quien nos enviaste en los últimos tiempos como Salvador, Redentor y Angel de tu consejo. El es tu Verbo inseparable, por quien hiciste todas las cosas y siempre agradable a Ti. Le enviaste del cielo al seno de la Virgen;